



Artículo: Recordando a Felipe Ángeles

Autor(es): Ávila Espinosa, Felipe Arturo

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 57

Año: 2000

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Ávila Espinosa, Felipe Arturo. "Recordando a Felipe Ángeles" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 57 (2000): p. 37-44. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3951>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

Recordando a Felipe Ángeles

Felipe Arturo Ávila Espinosa

Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Recordar a Felipe Ángeles es en muchos sentidos significativo. Es hablar del militar de más alto rango y prestigio del ejército porfiriano que se incorporó a la revolución; es hablar de uno de los elementos más genuinos y auténticos dentro de la buena tradición de la milicia mexicana caracterizada por el sentido del honor y del deber con la patria y con las instituciones; es hablar de un hombre culto, preparado, proveniente de las clases medias relativamente acomodadas de provincia que, gracias a sus cualidades personales, logró destacar académicamente dentro de la institución militar, que pudo formarse y ampliar su horizonte cultural e ideológico en sus viajes de preparación al extranjero. Pero también es hablar de un hombre recto, de una honestidad intelectual a toda prueba y una conducta moral comprometida con un sentido de justicia y de amor al prójimo que determinaba todos y cada uno de sus actos y que lo llevaron a ocupar un lugar central en la epopeya revolucionaria, lo cual lo convirtió en una figura clave dentro de la más poderosa maquinaria de guerra construida durante la revolución mexicana: la División del Norte villista. Así, hablar de Ángeles es hablar también del amigo y colaborador cercano de Madero, cuando éste ocupó la presidencia del país, y de uno de los más legítimos y fieles continuadores del maderismo después del asesinato del presidente mártir, así como hablar del segundo de a bordo indiscutible dentro de la División del Norte, del hombre que más influyó sobre la figura carismática y avasalladora de Villa, del militar profesional villista más preparado y brillante que ayudó a destruir al ejército y al régimen porfiriano y asimismo de uno de los mejores artilleros que haya habido en la historia militar nacional. Todas estas facetas complementarias dan cuerpo a un interesante y trágico personaje, cuya vida y obra están indisolublemente ligadas a ese acontecimiento capital en la historia del país que fue la revolución mexicana. Conocer la vida y la obra de uno de sus personajes cimeros ayuda a dar luz acerca de lo que fue la revolución, así como lo que no fue, y a encontrar la diferencia entre los proyectos y aspiraciones de muchos de los participantes centrales de lo que finalmente resultó ser el régimen triunfante emanado de esa gesta.

En un artículo emotivo y comprensivo sobre Felipe Ángeles,¹ Adolfo Gilly divide su vida en cuatro periodos: su formación dentro del ejército porfiriano; su

¹ Adolfo Gilly, "La muerte de Felipe Ángeles", prólogo al libro de Odille Guilpain, *Felipe Ángeles*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991.

participación, como colaborador militar de alto rango, cerca de Madero durante la presidencia de éste; su actividad al frente de la División del Norte en la etapa de la guerra civil entre las facciones triunfadoras sobre el huertismo y, finalmente, luego de la derrota militar de la División del Norte por el constitucionalismo, su exilio a los Estados Unidos y su regreso al país para participar en las guerrillas villistas que seguían desafiando vanamente al régimen triunfante. Esta última etapa concluye con su muerte a manos de sus captores carrancistas en 1919. Veamos, pues, algunos de los aspectos centrales en la vida de este singular personaje.

Los años formativos

Felipe de Jesús Ángeles Ramírez nació en Zacualtipán, Hidalgo, el 13 de junio de 1869. Su familia pertenecía a una clase media relativamente acomodada de provincia, y había ascendido gracias a la participación militar de su padre durante la intervención francesa y a su colaboración con el régimen porfiriano en el que ocupó varias veces el cargo de jefe político en diversas poblaciones de su estado natal. Ángeles pasó sus primeros años dentro de un medio en el que predominaba la población indígena; ahí comenzó a percibir y a conocer los problemas y carencias de los indígenas y, al mismo tiempo, a darse cuenta de la diferencia de su situación personal, pues su padre era un notable con autoridad y poder local y pudo brindarle la oportunidad de educarse y ascender socialmente.

Felipe Ángeles hizo sus primeros estudios en Huejutla, luego los continuó en el Instituto Científico y Literario de Pachuca y, a los 14 años, ingresó al Colegio Militar de Chapultepec. En esta institución, donde el ejército porfiriano formaba profesionalmente a sus cuadros, cursó brillantemente sus estudios, destacando particularmente en el área de matemáticas, al grado de ser nombrado profesor de esta materia en el Colegio Militar cuando aún era alumno. Se recibió a los 23 años, obteniendo el título de teniente de Ingenieros, y se dedicó después a la labor académica tanto en el Colegio Militar como en la Escuela Nacional Preparatoria. Sus especialidades, sobre las que impartía cursos, eran: matemáticas, mecánica analítica, balística y teoría y práctica de tiro. En 1898 fue ascendido al grado de capitán primero. Por estas fechas era ya muy conocido en el ambiente militar y gozaba de merecida fama. Vito Alessio Robles, contemporáneo suyo formado también en esa institución castrense, que luego fue honesto revolucionario y destacado historiador, describe al Ángeles de esa época:

conocí a Ángeles el 14 de enero de 1898 [...] su nombre era un orgullo para el Colegio Militar. Estaba rodeado de una aureola de prestigio y de leyenda. Inspiraba respeto y simpatía. Se le consideraba el oficial más inteligente y culto del ejército; era además un atleta vigoroso y ágil, un excelente gimnasta y un consumado caballista. Se imponía por su saber y por su fuerza física y moral. Sin embargo, la característica que más se destacaba en aquella varonil y simpática figura era la modestia, una gran modestia.

En 1900 obtuvo por oposición la cátedra de Matemáticas en la Escuela Nacional Preparatoria. Hizo viajes de especialización a Francia en 1901 y 1909, y a Estados Unidos en 1904. Al cumplir 25 años de servicios en el ejército, en 1898, era ya coronel y representaba el mejor ejemplo de un nuevo tipo de militar, raro por entonces en la tradición castrense mexicana formada empíricamente en el convulso siglo XIX mexicano: era inteligente, capacitado en el extranjero en las técnicas modernas militares y de probada rectitud moral.

La vida militar templó y reforzó su carácter ético y cívico, le dio disciplina y lealtad, le enseñó el respeto y el amor a su patria y a sus instituciones y le infundió un hondo sentido de responsabilidad, cualidades y valores que no lo abandonarían nunca. Dos factores más contribuyeron a definir y moldear su formación espiritual e ideológica: por un lado, la vida académica le sirvió para reforzar su racionalismo y su esperanza en un mundo mejor basado en la educación, en la ciencia y el progreso, haciéndose eco del ambiente positivista en el que recibió su educación. Por el otro, tuvo suerte de mantenerse al margen de las campañas sangrientas que un sector del ejército porfirista emprendió contra los yaquis y los mayas durante esos años, lo que le ayudó a comprender que el ejército, o un sector de él, podía desempeñar un papel positivo en la construcción de instituciones más sólidas y de un país más justo y mejor, de acuerdo con la ideología que había introyectado y que combinaba elementos de liberalismo, democracia, deseos de justicia y caridad cristiana.²

La revolución y el maderismo

La revolución mexicana estalló cuando Ángeles se encontraba en Europa estudiando. Fue hasta finales de 1911 cuando el nuevo régimen, encabezado por Madero, quien había recibido buenos informes sobre él, lo mandó llamar para que se hiciera cargo de la dirección de la institución donde se había formado: el Colegio Militar de Chapultepec. Fue una suerte para él que la agonía del porfiriato lo encontrara fuera del país pues, de haber estado ahí, su sentido del deber y su respeto a la legalidad y a las instituciones seguramente lo habrían llevado a combatir contra las fuerzas maderistas. No tuvo necesidad de hacerlo y, como buen militar, se puso a las órdenes del nuevo presidente constitucional. Su contacto cercano con Madero lo transformó y ése fue uno de los acontecimientos capitales de su vida. Ahí aprendió a valorar los ideales, el misticismo, la entrega a un proyecto que quería transformar el país a través de la democracia y el respeto a todas las formas de pensamiento y organización ciudadana. Su contacto con el maderismo lo impregnó hasta la médula y moriría, años más tarde, luchando por volver realidad ese experimento del que fue testigo y actor. Así pues, ocupó el

² La mayoría de los datos está tomada del prólogo de Álvaro Matute al libro *Documentos relativos al general Felipe Ángeles*, México, Editorial Domés, 1982, p. 5-21.

puesto de director del Colegio Militar durante la primera mitad de 1912 hasta que Madero, con quien había desarrollado una gran amistad, lo ascendió a general brigadier y lo nombró jefe de la campaña contra los rebeldes zapatistas en julio de ese mismo año.

Esa campaña militar contra el zapatismo fue otro acontecimiento central. Como buen militar, obedeció las órdenes que le dieron y organizó la guerra para sofocar a los rebeldes surianos, defendiendo no sólo las instituciones que como militar tenía obligación de hacer, sino también un régimen y un proyecto con el cual se identificaba. Pero también en esa campaña Ángeles pudo poner en práctica una concepción sobre la forma de hacer la guerra que, aunque parezca contradictoria, no dejaba de ser real: con humanitarismo, con reglas de moralidad, en buena lid, sin masacres ni ataques contra la población civil ni fusilamientos. La solución, desde su punto de vista, era política y no militar y no debía ser una guerra de exterminio. Así puso en práctica una política de acercamiento con los pueblos, de reconstrucción y ayuda material que resultó mucho más eficaz que la guerra a sangre y fuego practicada por sus antecesores Juvencio Robles y Victoriano Huerta y también por las fuerzas constitucionalistas en los años de 1916 a 1919. Esto le ganó el apoyo de algunas poblaciones morelenses y el respeto de los zapatistas, que no le guardaron rencor y pudieron establecer una alianza con él dos años después, en 1914.

Pero los zapatistas también influyeron en él y lo ayudaron a interiorizar aún más los ideales de justicia y democracia. Ángeles escribió un artículo muy cariñoso y comprensivo en honor del jefe zapatista Genovevo de la O, a quien había combatido años antes:

¿tiene derecho la sociedad para amparar los despojos que hacen los privilegiados contra los pueblos de los desheredados?; ¿tiene derecho la sociedad que permite el asesinato por los jefes militares, de los humildes indios, víctimas de bajas y viles intrigas?; ¿tiene derecho la sociedad que tolera la explotación de la guerra que hacen los oficiales para progresar en su profesión a costa de la vida de las familias de esos pueblos?; ¿tiene derecho la sociedad que no ve con horror el incendio de las poblaciones, la conversión de los templos en cuarteles y caballerizas, que ve impasible que los indios son expulsados de sus hogares y andan errantes por los bosques como fieras?; ¿tiene derecho esa sociedad a reprochar a Genovevo que haga una guerra sin cuartel a sus verdugos y que caiga a medianoche sobre un campamento de soldados ahogados por el alcohol y los sacrifique? No tiene derecho la sociedad. No tiene razón el historiador. Es justificada la actitud de los zapatistas.³

A Felipe Ángeles le tocó presenciar de cerca la tragedia que puso fin al maderismo. El 9 de febrero de 1913, cuando estalló la rebelión de Bernardo Reyes y Félix Díaz, según narra Federico Cervantes —otro brillante militar exfederal

³ Felipe Ángeles, "Genovevo de la O", en *La Patria*, El Paso, Texas, diciembre de 1917, reproducido en *Documentos relativos...*, op. cit., p. 25-47, p. 46-47.

que se incorporó al villismo, discípulo, amigo y biógrafo de Ángeles—, Madero, quien ya por entonces desconfiaba de Victoriano Huerta, a pesar de que lo había encargado de sofocar la rebelión de Reyes y Félix Díaz, fue a Cuernavaca a buscar a Ángeles para que lo ayudara y sustituyera a Huerta. Con estas intenciones regresaron ambos a la capital del país. Sin embargo, algunos de los ministros de Madero se opusieron al nombramiento de Ángeles, arguyendo que ello podría ocasionar conflictos en un sector del ejército. De ese modo sólo pudo ocupar un puesto secundario, bajo las órdenes de Huerta, en el sitio de la Ciudadela, y no fue capaz de cambiar el rumbo de los acontecimientos. El día en que se consumó la traición huertista Ángeles fue aprehendido, junto con Madero y Pino Suárez, en el Palacio Nacional.

Manuel Márquez Sterling, el honorable ministro de Cuba, que pasó junto a Madero los últimos días de éste, narra sus impresiones de esos días: "Echado en un sofá, el general Ángeles sonreía con tristeza [...] cuando le dieron la orden de volverse contra Madero se negó a obedecer [...]; era el único de los presentes que no confiaba en el ilusorio viaje a Cuba. Una hora después me decía ante la sospecha de un terrible desenlace: 'A don Pancho lo truenan.'" Madero, hombre de buena fe como el que más, le confió al mismo embajador: "He pedido que la escolta del tren la mande el general Ángeles para llevármelo a La Habana. Es un magnífico profesor del área de artillería. ¿No cree usted que el presidente Gómez le dé empleo útil en la Escuela Militar? [...] Escríbale ministro, en mi nombre. Si dejara al general aquí acabarían por fusilarlo".

Madero y Pino Suárez fueron asesinados la siguiente noche; Ángeles, apresado y después deportado a Europa. Los enemigos de Ángeles, de entonces y de después, le han reprochado que no se hubiera resuelto a luchar contra Huerta antes de que se consumara la traición. Quienes sostienen tal cosa no han comprendido al personaje ni su alto grado de moralidad y de disciplina militar, y le reprochan su actitud de entonces, a la luz de los acontecimientos posteriores, cuando ni el mismo Madero preveía lo que le iba a ocurrir. En todo caso, el cuartelazo y el asesinato de Madero lo hicieron romper con su fidelidad al ejército federal. La revolución que empezó a gestarse para vengar al presidente caído y restablecer la legalidad ganó a uno de sus elementos más capaces. La fidelidad que había tenido para el ejército la transfirió a la memoria y a la causa de Madero, convirtiéndose en apóstol de él.

El jefe villista

Huerta, quizá temiendo una fractura en el ejército que de cualquier forma había comenzado a darse, no mató a Ángeles y prefirió exiliarlo a Francia. Ángeles, que ya había decidido incorporarse a la oposición antihuertista, ocultándose, pudo reingresar al país en octubre de 1913 integrándose a la revolución constitucionalista. Venustiano Carranza, conocedor del prestigio de Ángeles, quiso nom-

brarlo secretario de Guerra, pero ante la oposición de Obregón y de otros jóvenes militares constitucionalistas, lo hizo subsecretario, encargado del despacho. Nunca pudieron entenderse Carranza y Ángeles por razones ideológicas, así como por diferencias de proyectos, de moral, de personalidades. Al profundizarse las discrepancias, Ángeles se pasó a las filas villistas en donde, al mando de la artillería de la División del Norte, escribió algunas de las páginas más brillantes de la historia militar de la revolución mexicana.

Con Villa hizo una buena mancuerna, convirtiéndose en la gente más respetada y admirada por el Centauro, quien mantuvo con Ángeles una relación simbiótica muy fructífera tanto para la División del Norte como para el avance de la revolución. La capacidad militar de Ángeles y su olfato político fueron factores decisivos para la victoria villista que, en Zacatecas, al destrozar al ejército federal, marcó el destino triunfante de la revolución y la desaparición de las instituciones del régimen porfiriano que habían logrado sobrevivir hasta entonces, incluido el ejército. Del mismo modo, su intervención fue importante para precipitar la ruptura del villismo con Carranza y para ayudar a realizar la —por lo demás efímera— alianza entre el villismo y el zapatismo a través de la Soberana Convención Revolucionaria de Aguascalientes.

En la Convención tuvo una intervención muy destacada, promoviendo la Alianza con el zapatismo y disciplinando a los delegados norteros para la aceptación del Plan de Ayala como la base del programa agrario que debía aplicar el gobierno de la revolución triunfante. Sin embargo, la ruptura con Carranza precipitó la definición militar de las diferencias entre las corrientes y todos los jefes militares villistas priorizaron las tareas de la guerra. Por diferentes causas, la alianza villista-zapatista iniciada a finales de 1914, y que logró la ocupación de la capital del país en esos meses, se vino pronto abajo; y, en lugar de enfrentar conjuntamente al constitucionalismo en retirada, la División del Norte se regresó a sus dominios en Chihuahua y Durango y el zapatismo enfrentó tímidamente y con escasos recursos al constitucionalismo, permitiéndole a éste recuperarse y tomar la iniciativa. En esta etapa crucial de la revolución, la percepción de Ángeles y de Villa ante lo que estaba ocurriendo y sobre lo que se debía hacer fue distinta y comenzó a marcar una diferencia entre ellos. Villa no siguió los consejos militares de Ángeles de dar la puntilla a las fuerzas constitucionalistas refugiadas en Veracruz a finales de 1914; tampoco siguió sus consejos de no presentar batalla a Obregón en el Bajío a mediados de 1915, decisiones trascendentes que, además de otros factores, influyeron en la derrota del villismo y en el consiguiente triunfo final constitucionalista.

Desde luego no puede sostenerse que el resultado de la lucha entre las facciones hubiera sido la victoria del villismo y del zapatismo si Villa hubiera actuado de acuerdo con las orientaciones de Ángeles. La historia no es nunca tan sencilla; pero tampoco es ajena a las percepciones y a las propuestas de los participantes, cuya sumatoria final converge en un sentido y una orientación diferentes a los componentes que pusieron en acción dichos procesos. Quede pues com

un testimonio y una experiencia histórica de una manera de ver las cosas y de una táctica militar y política que podía haber orientado en otra dirección el resultado de esas decisivas batallas.

Exilio y regreso

Después de las derrotas del Bajío y del éxodo y desintegración de la División del Norte, Ángeles se exilió en los Estados Unidos y ahí, en medio de días muy difíciles, en los que le costaba mucho trabajo ganarse el pan diario, junto con otros exiliados contrarios a Carranza, participó en la formación de un movimiento opositor al régimen que había redactado la Constitución de Querétaro: la Alianza Liberal Mexicana. El exilio estadounidense, el contacto con esa cultura, con los expatriados, la distancia de su terruño, la reflexión sobre los acontecimientos cruciales en los que le había tocado participar, el seguimiento de las noticias mexicanas, sus lecturas solitarias y sus conversaciones y correspondencia con personajes importantes que habían participado en la revolución durante sus distintas etapas, y que por diversas causas se habían enemistado con el constitucionalismo, le sirvieron para ir madurando su pensamiento y orientándolo hacia un tipo de socialismo evolutivo. Este último tenía influencias cristianas y ponía énfasis en la educación y en la moral como medios a través de los cuales la sociedad se encaminaba a un estadio mejor, donde se aliviaran las injusticias, las miserias y la opresión, y donde imperara la libertad y la democracia.

Son significativos sus escritos para diversos diarios estadounidenses de esa época. Sus artículos son reflexiones y planteamientos para aclarar sus propias ideas, para discutir con sus aliados mexicanos en el exilio y, también, para tratar de jugar un papel en los acontecimientos mexicanos de esos días. Esos escritos nos muestran el contenido de sus pensamientos y de sus preocupaciones que lo impulsan a la acción. Reflejan también la impotencia y el voluntarismo en el que caen los exiliados, alejados de la lucha real y de los elementos que podrían ayudarlos a hacer análisis de las posibilidades de su acción. En ellos vemos reclamamos a los intelectuales que no se comprometen con la lucha, al pueblo que no sale de su marasmo y que permite la dictadura carrancista y su convicción de que la educación y la democracia ayudarán a crear una sociedad más justa.

Más decidido que la mayoría de los exiliados anticarrancistas, resolvió arriesgarse y reincorporarse a la guerrilla que su mancuerna militar, Villa, mantenía en los agrestes territorios que habían estado años atrás bajo sus dominios, a finales de 1918. Una delación y el aislamiento de sus escasas fuerzas permitieron que cayera preso en manos carrancistas. Ángeles era consciente del enorme riesgo que corría al lanzarse a lo que a todas luces representaba una aventura y una utopía, pero no podía y no quería hacer otra cosa. Gilly tiene razón al acentuar el carácter místico de Ángeles, su pesimismo y resignación hacia un destino que se impone inexorable por encima de los individuos y el sentirse imbuido de una

misión que se tiene que cumplir imperativamente, como si con la muerte se probara el sentido de la vida y, en el acto final, como un último examen, se afirmara contundentemente la validez de todo cuanto se había hecho, dejándolo como testimonio de congruencia para la posterioridad.

Preso, se le hizo un juicio sumario ante un Consejo de Guerra en el que, aunque sabía que era inútil, se defendió virilmente produciendo uno de los testimonios más conmovedores; en ese juicio se aquilata su calidad moral, su honestidad y la firmeza de los principios que habían guiado su vida y que lo conducían, con la frente en alto, hacia la muerte. Como era de esperarse, Carranza, cuyo régimen había empezado a desmoronarse y enfrentaba ya la ruptura con Obregón, no podía permitir que siguiera vivo; por tanto, la administración carrancista negó a Ángeles el indulto que le solicitaron muchas personalidades nacionales y extranjeras, y el militar murió fusilado el 26 de noviembre de 1919. Así llegaba a su fin la vida de quien con justicia ha sido catalogado como uno de los más fieles maderistas y uno de los más brillantes y honestos generales de nuestra historia. □

